

**GRISELDA
ALVAREZ**

PAYNO, EL NOVELISTA (FRAGMENTO)

El profundo trastorno que significó en la Nueva España la Independencia y la inestabilidad política y social que caracterizó el nacimiento de la República Mexicana, originaron un brote artístico de gran envergadura por su carácter e intensidad. Los fenómenos de esta naturaleza son casi generales en la historia humana al ocurrir cambios de importancia en las estructuras de los grupos étnicos, culturales y nacionales. Naturalmente, tales acontecimientos estéticos se manifiestan peculiarmente distintos de acuerdo con las características del ambiente, de la perturbación y de los hombres. Así, —eligiendo ejemplos cercanos— la convulsión social que implicó la conquista y la Colonia habló a través de un lenguaje de formas predominantemente arquitectónicas, el sacudimiento de la Independencia movió a la literatura y el contemporáneo de 1910 se expresó sobre todo con la pintura.

Desde que se inicia la insurgencia, los periódicos, gacetas y revistas se multiplican: a “El Despertador Americano”, “El Correo Americano del Sur”, “El Ilustrador Nacional”, “Semanario Patriótico Americano” y “El Pensador Mexicano”, siguen “El Noticioso”, “El Sol”, “El Correo”, “La Abeja”, “El Redactor Municipal”, etc., etc. Y más tarde, “El Siglo Diez y Nueve”, “El Año Nuevo”, “El Federalista”, “El Museo Mexicano”, “Don Simplicio”, etc.; la lista sería interminable, pero no es posible dejar de citar: “El Museo Teatral”, “El Museo Popular”, “El Museo Yucateco”, “El Laberinto”, “Las Cosquillas”, “El Eco del Comercio”, “El Correo de México”, “El Eco de Ambos Mundos”, “La Libertad”, “El Renacimiento”, “El Artista”, “La Producción Nacional”, “El Semanario Español”, “El Nuevo Mundo”, “La América Ilustrada”, “El Comercio del Valle”, “La Ilustración Mexicana”; y, por último, tantas y tantas publicaciones que aparecieron en la Capital y en las ciudades de la República.

A partir del primer tercio del siglo, las tertulias literarias y academias incrementaron la efervescencia literaria y como resultado se multiplicaron versos, entretenimientos dramáticos, producciones teatrales, narraciones, relatos, cuentos, novelas, con el común denominador del conflicto social en que se vivía, del nacionalismo que se iniciaba y más tarde —después de mediados del siglo—, del romanticismo que tenía toda manifestación literaria de la cultura occidental.

Guadalupe Monroy, en la “Historia Moderna de México”, de Cosío Villegas, señala los perfiles principales del despertar literario de nuestro país: rompimiento de moldes clásicos, nacionalismo, realismo descriptivo y costumbrista, carácter popular y romanticismo. He aquí sus expresiones:

Los escritores revolucionarios se alejaban más y más de las preocupaciones gramaticales mientras los conservadores salidos en su mayoría de las aulas de los Seminarios y la Universidad, asqueados por la “vulgaridad” en que caían las letras bajo la

pluma liberal, trataron de resucitar los viejos moldes del siglo de oro Español.

Y, sin embargo, esa inclinación hacia lo clásico, tuvo en adelante pocos sostenedores; en la misma España las formas literarias cambiaban de manera radical con Espronceda, Zorrilla y Larra, cuyo romanticismo se alejaba por completo de los moldes tradicionales.

En torno a esas sociedades literarias se había empezado a construir una literatura mexicana: Quintana Roo y Sánchez de Tagle iniciaron el cultivo de la poesía patriótica; Rodríguez Galván encuentra tema en el pasado indígena y su Profecía de Guatimoc es considerada por Menéndez Pelayo como la obra maestra del romanticismo mexicano. El paisaje de México surge en la poesía narrativa, aunque pocas veces aparecen producciones como Escenas de Orizaba y Córdoba, de José Joaquín Pesado, “cuyo realismo descriptivo supera a todo lo que se ha hecho en México en este género...”; no faltaron brotes esporádicos de costumbrismo en las letras de esa primera mitad del siglo: Lizardi lo inició y lo continuaron Prieto, Payno e Inclán. El nacionalismo es, pues, una aspiración que empieza con el siglo y que va tomando consistencia en años posteriores.

Sin embargo, salvo contadas excepciones, no fue ésta precisamente una época de excelencias. Hay que tener en cuenta que la vida del escritor transcurría en medio de la hostilidad, la miseria y las persecuciones, y que estas calamidades necesariamente se reflejaban en sus obras; a veces predominaba en ellas una especie de romanticismo trágico: fracasos materiales, rupturas amorosas, frustración de ideales, muerte; también sabían revelar pasiones exaltadas, “personajes superhumanos, maldades diabólicas, virtudes angélicas” que desfiguraban notoriamente la existencia. Todo esto se debía al germen del romanticismo que se esparcía y fructificaba como resultado de un período de luchas que, al prolongarse, hacían decaer los ánimos y el entusiasmo literario. Las letras sufrieron un notorio descenso durante las guerras de Reforma e Intervención, y sólo cuando se restauró la República y la tranquilidad volvió a los espíritus, la clase ilustrada, los liberales románticos, más libres de preocupaciones políticas, dedicaron mayor empeño al ejercicio de las letras.

Un movimiento regenerador se inicia a partir de entonces, y al frente de él se coloca uno de los hombres de más clara inteligencia que haya producido el país: Ignacio Manuel Altamirano; nadie como él llegó a ejercer tanta ni más duradera influencia en la literatura nacional.

La idea de crear una literatura nacional que pudiera dar la imagen viva del pueblo mexicano surgió con mayor firmeza.

Un punto de suma importancia era para Altamirano el lenguaje: “nuestros escritores no deben perder de vista que

escriben para un pueblo que empieza a instruirse”, y estaba de acuerdo en que se hiciese uso de vocablos de lenguas extranjeras e indígenas adoptados por el vulgo, pero sin abusar de ellos, pues “debemos velar porque se mantenga incorruptible el carácter del idioma propio”.

Ahora bien, según lo hace notar la misma escritora:

Ningún otro género como la novela pudo revelar mejor la expresión nacionalista que adquirieron las letras mexicanas durante el Siglo XIX y que, con contadas excepciones, fue buscada por todos los escritores.

La primera novela de Fernández de Lizardi, publicada en 1816, marcó el nacimiento de ese género no cultivado antes en México y en Hispanoamérica. Se inició precisamente con características mexicanas: la reproducción de tipos y costumbres de fines de la Colonia, descritos con tal naturalidad y desparpajo, que hacen de *El Periquillo Sarmiento* la mejor novela de la primera mitad del siglo.

En 1845, a treinta años de distancia de la novela de Lizardi, surge otra de las más notables por su nacionalismo. La *Revista Científica Literaria*, que creó el sistema de entregas, dio a conocer *El fistol del diablo*, de Manuel Payno, la primera novela romántica de tipo costumbrista, y a la que la crítica de Altamirano tributó grandes elogios.

En estos términos queda situada la obra de Payno en la historia artística de México en el siglo XIX.

La corriente general de la época se inclina al género novelístico. Por otra parte la vida de Manuel Payno es en sí misma una novela; esto hace que la actividad del escritor tienda a la novelesca histórica y a la historia novelada. En efecto, el ambiente literario hizo pasar a Payno, de pequeños ensayos a descripciones, a novelas cortas y, de ahí, a las grandes novelas folletinescas, puesto que había vivido su vida, repetimos, como una verdadera novela de folletín.

Hijo de un respetable y probo funcionario virreinal de aduanas y que continuó siéndolo en la República, Payno de niño debió saber en la propia casa, de las angustias, de las incertidumbres y de los trastornos que a la familia ocasionaron sucesivamente conspiraciones, insurrección, caza de insurgentes, Tratados de Córdoba, cuartelazo de Pío Marcha, vicisitudes del Constituyente de 1824 y tribulaciones del Primer Presidente mexicano. A los once años ha de haber visto asombrado la entrada del Ejército Trigarante a la Capital y en su adolescencia la figura de Guadalupe Victoria como ídolo (véase la réplica que hace a un juicio desfavorable de la Marquesa Calderón de la Barca, que cita Teixidor en las páginas 20 y 21 de sus notas a “*La Vida en México*”).





A través de su padre y como meritorio del ramo de aduanas a los quince o dieciséis años, hasta el Ministerio de Hacienda, cuando cumplía los cuarenta, vivió los sobresaltos y peripecias de nuestro incipiente régimen aduanero azotado por el contrabando, las exacciones de los militares, los robos de piratas, las inseguridades de las "conductas" de dinero y mercancías, los pagos por reclamaciones extranjeras, las intromisiones de "pronunciados" y las intervenciones de agentes extranjeros que desangraban implacablemente nuestros recursos vitales.

Payno —de los diecisiete a los cuarenta años— al iniciar, florecer y consolidar su hombría no tuvo casi un solo año que no fuera testigo o protagonista de algún trastorno de la existencia mexicana, 1827: guerra entre masones, Guerrero contra Bravo; 1828: Presidencia de Gómez Pedraza, pronunciamiento de Santa Anna, motín de La Acordada, saqueo de El Parián; 1829: presidencia de Vicente Guerrero, sublevación de Bustamante, Plan de Tacubaya, expedición de Barradas; 1831: asesinato de Guerrero, rebeliones liberales y pronunciamiento de Alvarez; 1832: pronunciamiento de Santa Anna y convenios de Zavaleta; 1833: presidencia de Gómez Pedraza e imposición de Santa Anna, Valentín Gómez Farías y las leyes reformistas, el pronunciamiento de "Religión y Fueros"; 1834: vuelta de Santa Anna y disolución del Congreso; 1835: destierro de Gómez Farías y las Siete Leyes; 1836: Guerra de Tejas y prisión de Santa Anna; 1837: presidencia de Bustamante y rebelión federalista; 1838: Guerra de los Pasteles; 1839: vuelta de Santa Anna y su dictadura; 1840: pronunciamientos de Tampico y de Gómez Farías en México; 1841: pronunciamiento de Paredes Arrillaga y Plan de Tacubaya; 1842: proyectos liberales, pronunciamientos de Guadalajara y disolución del Congreso; 1846: traición de Paredes Arrillaga; 1847: guerra con los Estados Unidos.

En este ambiente, Payno vivió o tomó parte en ocho cambios de administración liberal-conservadora, en siete u ocho pronunciamientos y en dos guerras internacionales. De manera indeleble tatuaron su espíritu el terror del motín de La Acordada y el saqueo de El Parián que asolaron a la Ciudad de México; el traqueteo por los caminos patrios con la angustia del asalto bandolero; la afrenta de las invasiones extranjeras; la persecución, la cárcel y el destierro por sus convicciones. Sin faltar además, el remordimiento por su participación en la Rebelión de los Polkos y el entusiasmo por su adhesión al éxodo a Querétaro del Gobierno patrio, que surgió de la derrota de 1848.

Las circunstancias apuntadas explican perfectamente la preeminencia de la novela de folletín en la obra literaria de Payno, así como las peculiaridades singulares de sus obras histórico-políticas y las interrelaciones entre aquéllas y éstas.

No cabe en este lugar ahondar el análisis de los importantes estudios financieros y relatos históricos de Payno. Por lo que atañe a su producción literaria, los críticos están acordes en: la prepon-

derancia que en ella tienen la novela y las pequeñas obras que la antecedieron y prepararon; los defectos de su estilo descuidado, familiar y pintoresco; la exactitud de las descripciones de parajes, escenas y tipos humanos; y el valor histórico del ambiente y de la narración.

Por ejemplo, José Luis Martínez juzga que:

La novela de aventuras, que iniciara en el período anterior Luis G. Inclán, la prosiguen, enriqueciéndola, Manuel Payno y Vicente Riva Palacio. El primero compuso profusas narraciones semi-históricas en que seguía tardíamente, la fórmula folletinesca que con tanto éxito popular se introdujera en Francia en el primer tercio del siglo. Pero las innumerables peripecias que contienen sus novelas, en las que ya aparece un naturalismo moderado, son para los lectores modernos mucho menos interesantes que el acopio de tipos y costumbres mexicanos que con tanta largueza ilustró, con estilo familiar y descuidado, la pluma del autor de "Los Bandidos de Río Frío" (1889-1891) amenísima comedia humana de la vida de México en la primera mitad del siglo XIX.

Guadalupe Monroy, en la obra citada de Cosío Villegas y con referencia a "El Fistol del Diablo", dice:

Aunque sin guardar ninguna preocupación en cuanto al estilo, la naturalidad de su lenguaje y la vitalidad con que pinta a cada uno de sus personajes, retratos de la sociedad en que él se movía, así como el "elemento fantástico" que introdujo, dieron gran atractivo a su novela: "se leyó con avidez... y se tuvo gran ansiedad cuando el autor la suspendió al fin, dilatando la publicación del desenlace".

Carlos González Peña, en su "Curso de Literatura" formula apreciaciones semejantes y como ilustración a la novela en el segundo período del siglo XIX, "El Romanticismo", reproduce en la página 391 de su libro de ejemplos al curso, al capítulo 48 de "Los Bandidos de Río Frío".

Don Luis González Obregón, en el Prólogo a "El Hombre de la Situación" reafirma:

Payno había sido descuidado en la forma, incorrecta hasta lo inverosímil hasta incurrir en faltas ortográficas; pero siempre se había dejado oír con atención en la tribuna y se había dejado leer en sus libros, porque con la palabra cautivaba y con la pluma seducía, por el estilo llano y pintoresco, aunque ayuno de obscuras exquisitesces académicas.



Con relación a los juicios anteriores resultan pertinentes algunas observaciones.

La crítica de la aparición tardía en México de la fórmula folletinesca parece sólo atender a la circunstancia externa de fechas. Una consideración más a fondo muestra que el folletín no constituyó en nuestro país una mera imitación de la forma literaria francesa, sino que obedeció a una honda necesidad expresiva. En casi todo el siglo XIX, la vida de México y la de sus habitantes fue folletinesca; año con año, de 1810 a 1870, ocurrieron en nuestro país aventuras increíbles. Las situaciones, públicas y privadas, se

formaban y desvanecían con insospechada rapidez y nadie podía anticipar, ni para el más breve lapso, el rumbo general de los acontecimientos. El país oscilaba del imperio a la república liberal, de la tiranía centralista a la anarquía federalista; los individuos militaban sucesivamente en bandos opuestos y muchos vivían como traidores y morían como héroes o huían como cobardes para triunfar como patriotas; y las potencias extranjeras estaban siempre listas para intervenir y desmembrar a nuestro país. El episodio que se vivía era incongruente con el que había pasado y no daba pie para sospechar el que había de seguirle; el "suspense"





fue la tónica de esos años sangrientos y convulsionados. A esa trágica historia de folletín por entregas, correspondió con justeza una expresión literaria propia: la novela folletinesca.

En cambio, la apreciación del valor social e histórico de la novelística de Payno es correcta y la mejor y más reciente comprobación la da el magnífico estudio que hace Felipe Teixidor de "La Vida en México" por Madame Calderón de la Barca. Demuestra, sin género de duda, la exactitud —entre otras cualidades— de las descripciones y juicios de la Marquesa y para ello recurre —en parte— al testimonio de Payno, obtenido de sus obras. Así, a su vez, el amable e interesante relato epistolar de Doña Francisca Erskine English da fe de la veracidad y valer social e histórico de las descripciones de Payno. El señor Teixidor recurre en treinta y cuatro referencias al dicho de Don Manuel Payno extrayéndolo lo mismo de obras jurídico-políticas, como "La Propiedad en México", que de los ensayos y narraciones, como el "Bosquejo Biográfico de Iturbide y de Terán" y el "Viaje a Veracruz", que de las novelas; sobre todo de "Los Bandidos de Río Frío".

Dentro de los mencionados aspectos generales, la producción novelística de Payno consiste en: a) narraciones y artículos (1843-1844), "Entretenimientos de Amor" y "El Fistol del Diablo" (1845), durante el primer período de su vida. b) "El Hombre de la Situación" (1861) en el segundo período; y c) en el último período, "Los Bandidos de Río Frío" (1889-1891).

Por tanto, las tres grandes novelas de folletines fueron producidas respectivamente en cada una de las tres etapas características de la existencia del escritor y reflejan muy bien las circunstancias peculiares de las mismas.

En cuanto a "Tardes Nubladas" (1871), no es más que una recopilación de las narraciones y ensayos publicados en "El Museo Mexicano" en los años de 1843 y 1844, reeditados como novelas cortas por Alejandro Villaseñor y Villaseñor en 1901 y que incluye la obra ya citada de "Artículos y Narraciones" que prologa Don Francisco Monterde.

Nadie mejor que Monterde para hacer un juicio respecto a las pequeñas obras-narraciones, ensayos, artículos, etc.— que constituyen el antecedente de las grandes novelas de Payno:

Corresponden estos artículos y narraciones, a la etapa inicial del escritor. Fueron trazados después de que el burócrata ingresó en la carrera diplomática e hizo su primer viaje a Francia, Inglaterra y la América del Sur; recorrido que explica los influjos románticos que en ellos se descubren.

Narraciones y artículos nacieron al correr de la pluma, con la festinación del periodista romántico, febril, que fue Payno, aun al escribir novelas. Tal festinación explica los descuidos en que incurre: comete algunas faltas de concordancia y de régimen; su

sintaxis no es muy correcta. Como los costumbristas, recoge las voces y los giros populares, que traslada en la misma forma en que los escucha, deformados.

Las narraciones escritas por Payno entre 1842 y 1844, son precursoras del cuento y de la novela corta, que prosperaron en nuestra literatura después de Florencio M. del Castillo, con Roa Bárcena y otros. Se inicia con ellas la alborada del relato cargado aún de sentimentalismo, románticamente declamatorio, con digresiones imperdonables, para el criterio de ahora. Mas entre los balbuceos, las puerilidades e imperfecciones de Payno, que denuncian falta de dominio del género, apenas conocido entonces en su forma clásica, hay atisbos sorprendentes.

"El Fistol del Diablo" tuvo un éxito inmediato y de importancia. En esa novela se reúnen las excelencias de las descripciones de los artículos y ensayos precedentes, la fantasía, interés y exposición romántica de las novelas cortas, el costumbrismo y escenas pintorescas de la vida de nuestro pueblo y las referencias históricas al momento que vivía nuestro país. Por todo ello constituye un hito en el desarrollo literario de México. Según Francisco Monterde el título de la novela provocó un revuelo entre los puristas.

Como ejemplo de la técnica descriptiva de Payno puede leerse el capítulo XXXIV de la obra, "El Palacio y la Plaza Mayor" y como referencia al momento histórico que en esos días pasaba México —1845-1846— se transcribe a continuación el principio del capítulo XXXII, "Junta Revolucionaria":

Así como en otros países el artesano piensa en mejorar sus artefactos; el militar en instruir a su tropa y estudiar la ciencia de su profesión; el abogado en defender a sus clientes; el comerciante en formar compañías para establecer buques de vapor, caminos de fierro y canales; el propietario en hermosear sus fincas y en simplificar la agricultura, aquí todos y cada uno de los habitantes, desde el obscuro zapatero, hasta el rico agiotista, desde el meritorio de una oficina hasta el magnate que dirige la política del país, están dominados por el constante pensamiento de la conspiración, único recurso que se les ocurre para aumentar su fortuna o conservar su posición y único medio que tienen de emplear la poca o mucha actividad de que están dotados. De esto esencialmente provienen los males de la República y de esto depende el que después de muchos años de hecha la Independencia aún no haya ni Constitución ni gobierno sistemado y fijo en el país.

Se ha hecho la transcripción precedente a fin de recalcar una peculiaridad interesante de "El Fistol del Diablo". En la obra, como producida en el primer período de la vida del escritor, predomina la ficción de la creación novelística. Véase al respecto el juicio de Guadalupe Monroy transcrito en este trabajo. Pero en los

años en que fue escrita el señor Payno se había adentrado mucho en la organización burocrática que en algunos años más lo llevaría al Ministerio de Hacienda y, naturalmente, sus preocupaciones por la inestabilidad política del país no podían menos de expresarse en su producción literaria.

Debieron pasar más de quince años para que viera la luz la siguiente novela. Durante ese lapso, la novelística debió ser sustituida por la producción de memorias, informes y documentos históricos-políticos. Payno fue dos veces llevado al Ministerio de Hacienda y ocurrió su malhadada aventura del pronunciamiento de Comonfort contra sí mismo y del Plan de Tacubaya, que desató la Guerra de Tres Años. Este escritor hubo de sufrir encarcelamiento y proceso político; sólo deseaba olvidar y que lo olvidaran. En tales circunstancias, en 1861, escribió "El Hombre de la Situación". De ella dice Don Luis González Obregón que es:

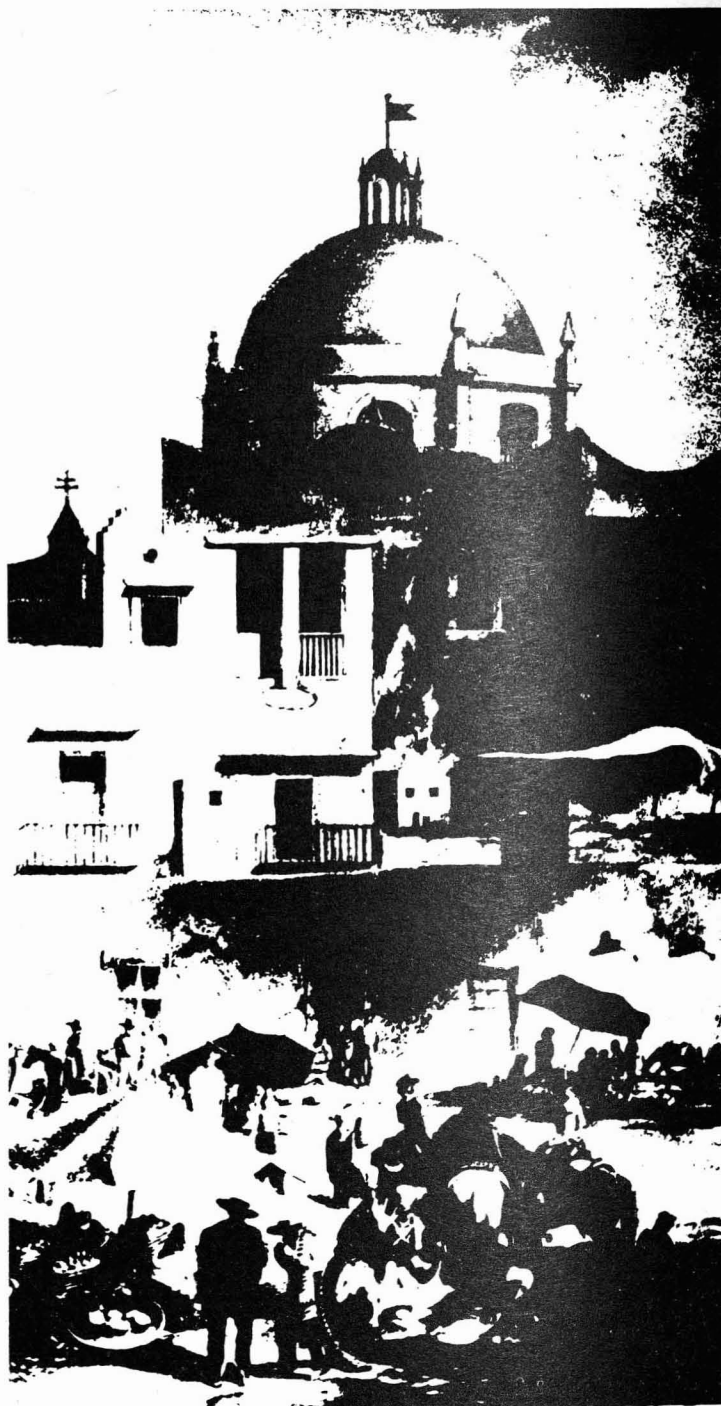
...un cuadro admirable de las costumbres coloniales de fines del Siglo XVIII y de los primeros años de nuestra vida independiente y en la que Don Manuel Payno reveló su ingenio para trazar las aventuras del protagonista, que fueron las de otros muchos que vivieron en aquellos tiempos, tan hábilmente descritas, que con un solo rasgo, con una sola ironía, con una sola burla, logra interesar más que otros noveladores, que en vano sudan y se afanan para intentar seducir con sobra de minucias y pujos de estilistas rebuscados y cansados.

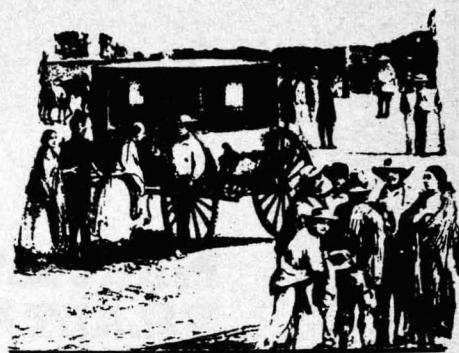
La lectura de la obra deja la impresión, por una parte, de que fue interrumpida; tal y como el propio Payno le dijo al señor González Obregón. Y, por otro lado, que constituyó un escape, un modo de alejar de la mente el desagrado de verse acusado como traidor a su partido y a la patria y de sentirse amenazado con la pena de muerte que los más exaltados señalaban para él. La narración novelesca no da margen —como en "El Fistol del Diablo" y en "Los Bandidos de Río Frío"— a descripciones semi-históricas ni a juicios o impresiones acerca de la realidad del momento político, como el contenido en la transcripción que se ha hecho del principio del capítulo XXXII de "El Fistol del Diablo".

Si conectamos el título de la obra con los instantes de gran tensión que acababa de vivir Payno cuando el Gral. Delgado tuvo en sus manos la suerte del movimiento de él y de Comonfort y, que contra lo que él esperaba fracasó, pudiera ser que el texto publicado sólo fuera el preámbulo de una obra mayor que plasmara los terribles momentos en que el destino del país queda a merced de aquel "hombre de la situación".

Roeder asienta que "durante aquel mes el árbitro de la situación era Doblado".

La novela de Payno ridiculiza al protagonista, narrando la





historia de un andaluz entrampado y de su hijo que, descalzo y harapiento, vino a la Nueva España a hacer fortuna:

El abuelo había venido a pie desde Veracruz, y alojándose debajo del mostrador de una tienda; el padre llegaba acompañado de un pesado tren, y se apeaba en uno de los antiguos mesones, donde las camas eran de piedra y las velas de cebo; y el nieto ya venía en una rápida diligencia conducida por nueve caballos fogosos, y establecía su residencia provisional en un hotel, en donde se tiene la pretensión de comer a la francesa y se alumbran las alcobas con cabitos de estearina.

En seguida relata en qué forma, campirano, rudo, inculto y ridículo, llega a ser, mediante dinero, propaganda y azares favorables, Intendente de Marina, después de diputado, educador y protector de las bellas artes. Termina la obra con el siguiente párrafo:

Don Fulgencio tuvo necesidad de otro retrato con uniforme de marino, una playa lejana y en lontananza un combate naval. Esta fue la obra maestra que coronó su fama, y de este momento vamos a ver cómo fue el verdadero Hombre de la Situación.

La última frase y la desusada cortísima extensión de la novela, 239 páginas, dan pie a la creencia de que la novela iba a continuar satirizando a Delgado o a algún otro de los "hombres de la situación" —Valencia, Santa Anna, etc.— que había padecido nuestro país. Pero Payno no consideró oportuno o conveniente publicar la continuación que hubiera agravado la delicada situación por la que en esos días pasaba.

Corrió el tiempo, Payno fue absuelto, fue arrastrado por la Intervención y el Imperio y a la restauración de la República, al quietarse las cosas, regresó a la Cámara de Diputados (alrededor de 1870), de donde pasó a la de Senadores y no salió del país, como diplomático, sino hasta 1882. Sin embargo, de nueva cuenta interrumpe su producción literaria para dar preferencia a las reseñas e informes alrededor de la intervención extranjera y de la guerra imperialista. Se dedica también, además de sus tareas de representación popular, a empresas didácticas y culturales. Y entra de lleno en el país de los recuerdos y en la descripción de sus andanzas. Casi al final de su vida, en 1889-1891, publica la última novela que es también su postrer obra: "Los Bandidos de Río Frío".

En ésta, en contraste con "El Fistol del Diablo", no hay creación del hilo fantástico de la trama. Como el mismo Payno señala, una causa célebre le sirvió de conductor para dar rienda suelta a su memoria; por ello, la descripción de lugares y persona-

jes llega a su mejor expresión. No fue difícil encontrar, detrás de cada uno de los muy numerosos personajes de la novela, a la persona real y a los acontecimientos históricos que vivió. He aquí lo que dice Castro Leal:

Es tan rico y variado el cuadro, que bien puede decirse que la novela es la pintura de toda una época. Quien haya leído la curiosa y penetrante Vida en México de la señora Calderón de la Barca, todavía tendrá que leer Los Bandidos de Río Frío para completar el cuadro de la vida y las costumbres mexicanas de mediados del siglo XIX tan finamente trazado por la escritora escocesa.

Todo el México de mediados del siglo XIX desfila por las páginas de los Bandidos de Río Frío. Y no lo creaba de memoria Payno: lo que describía lo había visto, era el México de sus recuerdos. Y éstos, vistos lejos de su patria y de su tiempo, aclaraban sus perfiles y adquirían cierta perspectiva y tonalidad que facilitaban su dibujo. Muchas de estas páginas —según el mismo autor lo advierte— están arrancadas de sus memorias, que, desgraciadamente, nunca llegó a publicar, que acaso nunca llegó a concluir.

Con todos sus defectos esta obra es de agradable lectura y digna de ser conocida y aun estudiada como reseña fiel de la vida mexicana de otro tiempo, porque Los Bandidos de Río Frío son en realidad las memorias de don Manuel Payno en forma de una novela —como él quería— "de costumbres, de crímenes y de horrores".

Payno —según dice el mismo Castro Leal— no había variado su estilo: "Una especie de charla escrita". Y hace notar que al escribir "Los Bandidos de Río Frío" vertía en una gran parte el material de las nunca publicadas memorias de su vida y especialmente lo que correspondía a la época que siguió inmediatamente a la descrita en "El Fistol del Diablo".

No es extraño, por ende, que la obra fuera una novela de folletín y que literariamente pertenezca a los años que siguen a la fecha de "El Fistol del Diablo". Parece un poco riguroso el juicio (Castro Leal) de que "Los Bandidos de Río Frío" es un producto tardío de la novela de folletín y "sorprende que sea posterior a las novelas de Emilio Rabasa". En esta apreciación también parece dominar sólo una preocupación por las fechas. La lectura de las obras de Payno deja la impresión de que "Los Bandidos de Río Frío" está hecha en realidad con materiales de una o varias que debieron ser anteriores a "El Hombre de la Situación" y que los azares de la vida, no dejaron publicar a Payno sino hasta que, viejo y satisfecho, entretuvo los ocios de su tranquila función consular en la bella España, destapando el cofre donde guardaba sus mejores recuerdos.